

era caballeroso, discreto, de noble corazón, de trato afable, dotado, en fin, de cualidades que le hacen simpático y entretenido a los lectores. En cambio, Fray Gerundio es un tonto de capirote por los cuatro costados y no presenta en su fisonomía moral ningún rasgo que le haga interesante o amable. Aquello no es un carácter, es una caricatura que sólo puede producir el desprecio. Los otros personajes que intervienen en la acción muestran el mismo defecto. Antón Zotes, el Dómine Zancaslargas, el escolástico Fray Toribio, el predicador Fray Blas, estos y otros personajes no son figuras humanas, son mascarones de cartón, como esos que se ponen los niños por carnaval. Provocan un primer golpe de risa; pero luego disgustan por la extremosa exageración y la grotesca deformidad de las figuras. El gracejo del Padre Isla, aunque algunas veces legítimo y espontáneo, pero muy a menudo es de baja ley, y otras veces se reduce a equívocos y juegos de palabras, que en nuestros días hacen muy poca gracia.

Un mérito debemos reconocer en esta obra, y ha sido observado oportunamente por el Sr. Salcedo (1). Tal es el *sabor de la tierruca* (aquí viene bien esta expresión de Pereda), o sea el colorido local de Castilla la Vieja, que se percibe de un extremo al otro del libro. En los labradores que oyen embobados los sermones de Fray Gerundio, en las casas de aldea que le hospedan, en las cofradías que ostentan sus insignias, en los ganados que salen a pacer por los campos, en los adornos que hermocean las habitaciones, en estos y otros pormenores de la vida doméstica que nos ofrece este libro, sentimos con agrado el ambiente y costumbres de Castilla la Vieja.

Aunque sea tan corto el mérito de la novela, no se puede negar que logró el objeto práctico pretendido por el autor. El *Fray Gerundio* fué un golpe mortal para el gusto abominable que imperaba en la oratoria sagrada. Era entonces una especie de necesidad social el acabar con aquellos intolerables adefesios. Todas las personas de juicio clamaban contra semejante desorden, todos deseaban desterrarlo de nuestras costumbres. Dispuestos así los ánimos, entiéndese que cuando salió a luz el bamboche del P. Isla todo el mundo le recibió con aplauso. Todos se rieron estrepitosamente de aquel mamarracho, y la ridiculez de Fray

(1) *La Literatura española* t. III, p. 102.

Gerundio puso en ridículo a los malos predicadores. Estos se avergonzaron de oirse llamar Gerundios, y desde entonces experimentóse una mudanza saludable en el gusto del público. En nuestros días el nombre de Fray Gerundio es todavía popular entre la gente de letras, hemos formado las palabras *Gerundiano*, *Gerundianismo*, *Gerundiada*, y este lenguaje se ha hecho como técnico para designar aquella aberración literaria que profanó tanto tiempo la Cátedra del Espíritu Santo. Casi nadie lee hoy el libro del Padre Isla; pero debemos alegrarnos del buen efecto que produjo en el siglo XVIII.

4. Al lado de estos literatos que ejercitaron su pluma principalmente en la polémica religiosa y literaria, merecen algún recuerdo otros jesuitas que emplearon su estilo en ilustrar la historia de nuestros santos y de nuestras provincias y misiones. Como ya lo han hecho observar algunos sabios, en el siglo XVIII debió la geografía muchos de sus progresos a las excursiones apostólicas de los jesuitas. «Me atrevo a decir, escribía el P. Diego Davín, que debe la geografía su mayor perfección a los misioneros de la Compañía. Sin ellos poco o nada se sabría de la mayor parte del Asia, y quedarían inmensos países de la América expuestos a las conjeturas de los geógrafos de profesión, como ellos mismos lo reconocen y confiesan» (1). En efecto; los capitanes y conquistadores seculares rodearon las islas, ocuparon los puestos oportunos, pero no penetraron muy adentro en las nuevas tierras. Los misioneros fueron los únicos que se internaron en los nuevos continentes, se pusieron en contacto con las tribus indígenas y descubrieron las maravillas y curiosidades que se encerraban en aquellos remotos países. Esta reflexión se puede comprobar con sólo ver en el mapa las regiones evangelizadas por nuestros misioneros. Sus historias, relaciones, cartas, memoriales y otros escritos de diversas formas, fueron en más de una ocasión el primer anuncio que se tuvo en Europa de ciertas regiones ultramarinas.

El P. Kino recorrió las regiones septentrionales de Nueva España, descubrió que la California era península, y dió a conocer varios países regados por el río Colorado. Ya vimos cómo el Padre Samuel Fritz anduvo todo a lo largo del Amazonas, e indudablemente ninguno hasta entonces había logrado un conoci-

(1) *Cartas edificantes y curiosas*, t. XVI, p. xxvi.

miento tan exacto de las condiciones de este río. ¿Quién como el P. Gumilla exploró la vasta cuenca del caudaloso Orinoco? Sobre las vastísimas regiones de los Mojos nadie tuvo idea en el mundo hasta que se recibieron en Lima las cartas de nuestros misioneros y se tejieron con ellas las relaciones históricas de los PP. Eguiluz y Altamirano. Estas descripciones más o menos artísticas de aquellos países, eran ilustradas muy a menudo por mapas curiosos que eran los primeros trazados sobre aquellas tierras. Conservamos varios trabajos cartográficos del P. Kino sobre las regiones de California y Nuevo-Méjico. El P. Gumilla nos delineó el curso del Orinoco, el P. Fritz ilustró con varios mapas las tierras bañadas por el Marañón. Los Padres del Paraguay remitieron varias veces a nuestro P. General mapas cumplidos, ya de toda la provincia, ya de algunas regiones, cuyos pueblos de indios le querían dar a conocer. El P. Cantova fué el primero en delinear el Archipiélago de las islas Palaos. Sería de desear que algún geógrafo ilustrado coleccionase los antiguos mapas de los jesuitas, que serían indudablemente una muestra del progreso que se fué haciendo en el conocimiento del Nuevo Mundo.

Varias veces hemos citado en esta obra algunos de estos libros y relaciones de nuestros más insignes misioneros, que siempre contienen noticias interesantes, aunque los autores carecen enteramente de estilo y de pretensiones literarias. Entre los hombres que en la primera mitad del siglo XVIII trabajaron en este que pudiéramos llamar historia colonial, merece especial mención el P. Pedro Lozano, madrileño, que pasó al Paraguay en 1712 y vivió cuarenta años en aquellas tierras, hasta que expiró en 1752. En otra ocasión hemos manifestado el juicio que formábamos sobre este notable escritor (1), y al presente no creemos deber modificarlo. Tuvo la ventaja de haber pasado a la América antes de que penetrara en España la oleada de libros franceses que nos inundaron en el siglo XVIII. Por eso Lozano está exento de aquellos galicismos y giros extraños que desfiguran el estilo de muchos escritores españoles en aquella época. Escribe en el lenguaje castizo y corriente del siglo XVII con una facilidad envidiable, y sus libros podrían proponerse como ejem-

(1) En el prólogo que escribimos para la *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay* por el P. Pablo Pastells. Madrid, 1912.

plo de estilo histórico, si la excesiva difusión no echara a perder tan buenas cualidades.

Hoy en día lo que se estima en Lozano es principalmente su mérito científico, esto es, el caudal de noticias que adquirió sobre aquellas tierras. Aficionado como ninguno a las extensas llanuras del Plata, donde tan gloriosamente trabajaba la Compañía de Jesús; curioso investigador, así de las maravillas naturales que encerraba el Nuevo Mundo, como de las lenguas, usos, religiones y costumbres de los indígenas, atraído también por aquella afición a los archivos que entonces se despertaba en Europa, ejerció su espíritu investigador lo mismo entre el polvo de los viejos documentos, que entre los ríos caudalosos y las selvas vírgenes de América. En su *Descripción corográfica... del Gran Chaco*, en su *Historia de la Conquista del Paraguay* y en otros opúsculos y cartas que divulgó, derramó el P. Lozano un tesoro de noticias importante sobre la América Meridional, y todos los eruditos de nuestros días se aplican, y con razón, a recoger las ideas apuntadas por él, que suelen servir muchas veces como de punto de partida para importantes investigaciones. La vasta comprensión de su inteligencia, el gran caudal de documentos antiguos que tuvo a su disposición y hasta su estilo fácil, castizo y espontáneo, le hacían apto, como pocos, para trazarnos una historia completa de la gloriosa provincia a la que había consagrado los mejores años de su vida. Lástima que se quedara, por decirlo así, en los umbrales.

En efecto, la *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, que salió a luz en Madrid el año 1754, aunque llena dos tomos en folio, sólo comprende los veintiocho primeros años de aquella provincia y termina en 1614, cuando dejó de gobernarla el primer Provincial Diego de Torre Bollo. Por la seguridad en la información, por la rectitud del criterio y por el carácter demostrativo que da a sus aserciones, se eleva el P. Lozano sobre todos los que han escrito acerca de nuestra historia en el Paraguay. Claro está que su libro no presenta esa armadura de introducciones, bibliografías, notas, apéndices y referencias, de que ahora pretrechamos a las obras históricas; pero en medio de su forma clásica y a la antigua, bien observa el juicioso lector la puntualidad en ordenar los hechos, las citas oportunísimas de documentos interesantes, la precaución de cotejar informes diversos antes de pronunciar un fallo definitivo y en fin,

la rectitud general con que aprecia el autor todos los hechos. Desagrada no poco la difusión del estilo, pues aunque tan fácil y espontáneo, parece más propio de la elocuencia que de la historia. El *docte breviterque se expedire*, que miraba Cicerón como el ideal del estilo científico, no lo aprendió nunca el P. Lozano.

También puede decirse que pertenece a la historia de la Compañía la otra obra que escribió el mismo autor y que arrinconada durante siglo y medio, salió por fin a la luz pública en 1905. La *Historia de las revoluciones de la provincia del Paraguay*, animada descripción de las agitaciones horribles que perturbaron aquel país desde 1721 hasta 1735, puede considerarse como un capítulo de la historia de la Compañía de Jesús, pues nuestra Orden se vió envuelta en aquel torbellino y hubo de padecer más que nadie en aquellas luchas civiles. Estimable sin duda es este monumento literario, pero no iguala su mérito al de la obra anterior. El tono vehemente del estilo, muy explicable en un contemporáneo mezclado en tan fuertes refriegas, infunde alguna sospecha sobre la imparcialidad del autor, quien sin tener mala intención, como nunca la tuvo el P. Lozano, pudo engañarse en el calor de la lucha y exagerar a favor suyo, como sucede en todas las polémicas, algunas circunstancias de los hechos. La difusión del estilo, mayor todavía que en otras obras de Lozano, y el recargo de prolijas moralidades, hacen pesada la lectura de este libro, el cual con todo no podrá ser dejado de las manos por quien estudie los hechos de la América Meridional en la primera mitad del siglo XVIII.

Muy distinto carácter histórico muestra el P. Bartolomé Alcázar, a quien hemos mencionado más arriba entre los fundadores de la Academia Española. La obra que nos legó se intitula *Cronohistoria de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo y elogios de sus varones ilustres, fundadores, bienhechores, fautores e hijos espirituales*. Salió a luz en Madrid el año 1710. El intento del autor parece haber sido escribir la historia de la provincia de Toledo desde sus principios hasta su tiempo. Empero sólo consiguió redactar las ocho primeras décadas, o sea desde 1540 hasta 1620. Aun de esto se imprimió solamente la primera mitad, aunque llena dos tomos en folio (1). El deseo del autor era induda-

(1) La segunda parte de este trabajo, esto es, la historia de los años 1580-1620, se conserva inédita en la biblioteca de San Isidro, Mss. 90-92, aunque se ha perdido una de las cuatro décadas.

blemente contribuir a la edificación y enseñanza de sus hermanos en religión y juntamente encumbrar cuanto podía a su provincia de Toledo. Era el mismo designio que animaba a todos nuestros historiadores locales de colegios y provincias. Con el afán de ennoblecer a la suya, se extiende el P. Alcázar en referir muchos hechos ocurridos fuera de la provincia de Toledo y hasta en las regiones más remotas de las Indias, porque fueron a ellas algunos Padres toledanos. De aquí ha resultado una historia difusa, lánguida y en estilo bastante uniforme que convida poco a la continuada lectura.

Los materiales históricos que tuvo a la vista fueron principalmente la historia latina de los PP. Orlandini y Sachini, los documentos archivados en nuestra provincia de Toledo y más que nada la historia manuscrita del P. Ribadeneira, que tanto hemos aprovechado en los primeros tomos de esta obra. El mismo Alcázar confiesa ingenuamente en el prólogo lo mucho que debe a su antecesor. «Procuro, dice, usar y mantener un lenguaje puro, corriente, sobrio, igual y siempre circunspecto, propiedades con que inmortalizó su fama el fecundísimo historiador P. Pedro de Ribadeneira... Por eso he deseado y procurado familiarizarme su genio hasta copiar planas enteras de sus originales nunca dadas a la prensa, sin citarles sino pocas veces, porque para las demás me parece que satisfago con esta ingenua confesión» (1).

No se satisfará la crítica moderna con este procedimiento, que más tiene de plagio que de imitación. Lo que hace más estimable en nuestros días el libro del P. Alcázar son los documentos interesantes que intercala a la letra, y que hoy se aprecian todavía más porque han desaparecido varios de los originales. Obsérvase en esta obra el amor al documento que ya reinaba en Europa y el cuidado de reproducir a la letra lo que habían escrito los personajes históricos. En cambio da lástima en más de una ocasión la poca crítica del P. Alcázar en interpretar los documentos que reproduce. Todo lo quiere explicar en sentido piadoso, todo lo quiere inclinar a la edificación de sus lectores. De aquí la omisión de hechos importantes, la explicación infantil de algunas circunstancias y la falta del sentido verdadero de muchos acon-

(1) *Chronohistoria... Prólogo*, § III.